

ESTE DIARIO

se publica en la
IMPRESA TIPOGRAFICA A VAPOR

(Julio de las Cámaras, número 21.)
donde se reciben suscripciones, avisos y peticiones.

Gerente, D. ADOLFO VALLANT.

Los avisos.—Se publicarán en arreglo a la tarifa del Establecimiento, siendo a precios muy módicos para los suscriptores.
Se reciben hasta las seis de la tarde.

ALMANAQUE.

Domingo, 1°

SAN ENRIQUE, obispo de Antioquia de la diócesis de San Pedro.
Fue el primer obispo de la diócesis de Antioquia, y el primero de la diócesis de San Pedro.
Fue el primer obispo de la diócesis de Antioquia, y el primero de la diócesis de San Pedro.
Fue el primer obispo de la diócesis de Antioquia, y el primero de la diócesis de San Pedro.

1863.—El cardenal de Ginebra ha muerto a los habitantes de Ginebra.
El 31 de julio de 1863 quedará un 333 día que transcurrir hasta fin de año.

EL SIGLO.

No hay hora importante para poner un contingente de ideas saludables al servicio de la Patria, ni situación viciosa a tales o cuales ciudadanos, desde que la emisión del pensamiento sea libre en la prensa.

Por eso es que cualquiera que sean nuestros juicios y nuestra opinión sobre los sucesos y los hombres que preparan y consolidan la situación presente, no trepidamos en venir a la prensa a discutir los intereses públicos, y que con mas o menos esfuerzos, mas o menos sacrificios, han de consolidarse en nuestro país, como han de triunfar definitivamente en todas las naciones del orbe.

No ha habido en el transcurso de los siglos esfuerzo alguno generoso, que no haya sido fecundo en resultados para la humanidad, por mas que sea difícil percibirse de esos resultados en los momentos mismos en que las resistencias se muestran incombustibles.

Las reacciones generosas se operan tarde, pero al fin radican un principio y una convicción en los mismos que combatieron la propaganda, y determinan un progreso, que luego encuentran todo aceptable y sostenido, porque han gozado ya sus beneficios.

No es, es decir, la tarea de los escritores públicos en nuestro país, la conquista de esos grandes principios que con razón han conmovido por tantos siglos y conmueven aun algunas sociedades del mundo europeo, no; no agita, a nuestra América y especialmente a las Repúblicas del Plata la lucha del principio republicano y del principio monárquico, ni del absolutismo y del constitucionalismo, ni de la teocracia y del racionalismo; y tan es así que no se ha levantado jamás una sola voz que pugne por la monarquía, el absolutismo o la teocracia.

Pero si, es la tarea de los escritores públicos pugnar por la verdad de esos principios consignados en nuestro código fundamental, y no siempre realizados en la práctica de nuestros gobiernos.

En esa tarea muchos nos han precedido, muchos han reumido desalentados y desengañados, muchos han abandonado ese terreno con su sangre generosa, y muchos también han traicionado la noble causa; pero mas de un resultado saludable se ha producido en esa larga historia de convulsiones e injusticias, en que venimos viviendo desde nuestra emancipación política.

Sin esa predicación constante de algunas almas generosas y las resistencias a todo lo que es inmoral y torpe, que son su consecuencia, todo lo habríamos perdido en esa oscura noche de ominoso recuerdo, y nada habríamos conservado, nada habríamos adquirido para fundar la paz, la libertad y el progreso en la primera alborada de la bonanza.

Pero lejos de eso, envueltos en la gloria bandera de Mayo, cuando hemos levantado—todo lo ambicionamos y todo lo podemos, desde el momento en que como nos ha sido adversa la fortuna, empujados a ser favorables.

Y ese momento habrá llegado en los destinos de este pueblo?

Los síntomas de bonanza que notamos, serán precursores de otros treinta años de paz e instituciones de orden y libertad, en compensación de los que llevamos de arbitrariedad y anarquía, de convulsiones y despotismo, o serán apenas los efectos de una tregua al calor de las pasiones, al encanto de los odios y a la reacción de los elementos inmorales?

Si lo primero, la ocasión es propicia para cooperar a la obra de fundar la paz bajo el imperio de las instituciones, el orden dentro de la libertad, y consolidar así una época de ventura y progreso para el país.

Si lo segundo, como tantos otros habremos pagado nuestro tributo al desencanto, y nuestro no-voiciado a la patria, que sin embargo no será estéril en resultados benéficos, si es moral, si es justa, si es elevada nuestra predica.

El hombre que se deja quebrar por las decepciones tiene el alma pequeña, y mas pequeña aun si esas decepciones le hacen desespérer del porvenir.

FOLLETIN.

LOS HURACANES

DE

LA VIDA.

NOVELA ORIGINAL

POB. TORCUTÓ TARRAGO.

PRIMERA PARTE

EPULON.

CAPITULO I.

Al declinar una hermosa tarde, de primavera del año de 1823, Sevilla, perla del Atlántico, una Odaliscas se alzaba bajo el azul del cielo en la magnífica campiña que la rodea, blandamente arrullada por la brisa vespertina del viento que genio que circula por las calles e invade sus pasajes.

En el fondo de la ciudad, en una casa de modesta arquitectura árabe, medio cristiano, y sus habitantes abandonaban sus blancas casaca para buscar los gozos de la vida, de que tanto tiempo carecían.

Es enteramente original el gran panorama que se presenta a vista del observador en esas horas de luz en que el aire parece cargado de partículas de oro, y en que el sol hace brillar la sangre en las venas de las andaluzas.

No puede darse cosa mas pintoresca y variada, mas risueña y encantadora.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Siglo.

El Sig

